

Capítulo General OCist 2015

P. Mauro-Giuseppe Lepori, Abad General OCist

Conferencia introductoria

UN CARISMA QUE REGENERA

Querida Madre Abadesa y Padres Abades Presidentes,
querido P. Procurador General,
queridas Madres Abadesas, Padres Abades, Madres Prioras, Padres Piores
y miembros todos del Capítulo General,

Al comienzo de este Capítulo General de la Orden Cisterciense, quisiera ante todo rendir un homenaje filial a mis predecesores, que en estos cinco años nos han dejado para ir a la Casa del Padre, el Abad General Policarpo Zakar, fallecido en Budapest el 17 de septiembre de 2012, y el Abad General Mauro Esteva, fallecido en Poblet el 14 de noviembre de 2014. Son dos figuras a las que la Orden debe mucho, y debemos expresarles nuestra gratitud en la oración. La Orden vive hoy de su herencia, como de la de sus predecesores – el 5 de diciembre próximo se cumplirá el 20 aniversario de la muerte de Dom Sighard Kleiner, que fue para mí un padre afectuoso – y me he dado cuenta durante estos cinco años de cuántas trazas, visibles e invisibles, han dejado todos ellos en la Orden y en la Iglesia. Celebraremos una Misa como sufragio por sus almas el 9 de octubre.

También en solo cinco años han cambiado mucho los miembros del Capítulo General. ¡Saludamos a todos los nuevos superiores y las nuevas superiores! Desgraciadamente, han sido suprimidas dos Congregaciones y también algunos monasterios. Hablaré más ampliamente sobre esto en mi relación sobre el estado de la Orden.

Desde el último Capítulo tenemos también un nuevo Cardenal en la Orden, Dom Orani João Tempesta, arzobispo de Rio de Janeiro, que fue abad de S. José de Rio Pardo. Su sucesor, Dom Edmilson Amador Caetano, obispo de Barretos, ha llegado a ser durante este tiempo Obispo de una gran Diócesis unida a São Paulo: Guarulhos. El arzobispo de Tours, Mons. Bernard-Nicolas Aubertin, nos visitará el 17 de octubre, al final del Capítulo.

Mi conferencia quisiera promover un trabajo de reflexión común durante este Capítulo General y también sugerir la actitud y el deseo con el que deberemos escuchar las relaciones de los demás Presidentes, y todas las intervenciones que resonarán en esta asamblea.

Agradecimiento, pasión, esperanza

En la carta de preparación al Capítulo General, el Consejo del abad general pidió vivir este Capítulo General pensando en el 50° aniversario de la promulgación del *Perfectae caritatis*, y pienso en general en el 50° aniversario de la conclusión del Concilio Vaticano II. En la misma se decía que “La Iglesia nos invita a tomar conciencia de nuestra vocación en el seguimiento de Cristo ‘bajo la guía del Evangelio’ (RB, Pról. 21), y de su dimensión profética en el mundo de hoy”.

Además, se invitaba a las comunidades, como lo pide el Santo Padre en la carta de comienzo del Año de la Vida Consagrada, a recordar los motivos de **agradecimiento** a nuestra historia, para alimentar una **pasión** por el presente que estamos llamados a vivir, para poder mirar hacia el futuro, sea el que sea, con **esperanza**.

La carta del Consejo sugería además a las comunidades meditar en el propio camino a la luz del episodio evangélico de los discípulos de Emaús (Lc 24,13-35).

En la Convocatoria del Capítulo General, escribía además: "El próximo Capítulo General se desarrollará en pleno Año de la Vida Consagrada, y esta es una ocasión preciosa para vivirlo con disponibilidad al Espíritu Santo, de modo que este encuentro fraterno de todos los Superiores favorezca en la Orden la comunión, la solidaridad, el conocimiento recíproco, la fidelidad a nuestro carisma y a nuestra misión, y también nuestra conversión sincera en el seguimiento de Cristo a la luz del Evangelio”.

Para las relaciones de los Presidentes pedí tener en cuenta también la *Carta Apostólica del Papa Francisco a todos los consagrados con ocasión del Año de la Vida Consagrada*, del 21 noviembre de 2014, y de concentrarse sobre el tema de la vida comunitaria y de la oración en las comunidades, hablando sinceramente de la realidad que se vive, sin limitarse a estadísticas o idealizaciones.

Todo esto puede parecer mucho, quizá demasiado, pero en realidad todo gira en torno a un tema esencial, y expresa una preocupación fundamental, que se podría resumir en el deseo de que este Capítulo General pueda de verdad ser aquello para lo que ha sido concebido en el origen del movimiento cisterciense, es decir, una asamblea de pastores que se encuentran como hermanos y hermanas para compartir las alegrías y los dolores de su ministerio, y para hallar una ayuda a su misión y la misión de sus comunidades, en la comunión vivida atendiendo a las fuentes del carisma dentro del que hemos sido llamados a seguir y servir a Jesucristo y su Reino. Esto es lo que nos propone san Benito en el Prólogo de la Regla: “Ciñéndonos, pues, nuestra cintura con la fe y la observancia de las buenas obras, sigamos por sus caminos, llevando como guía el Evangelio, para que merezcamos ver a Aquel que nos llamó a su reino” (RB, Pról. 21).

Por lo tanto, debemos ayudarnos a hacer un camino de fe en el que nuestra vida, la vida de nuestras comunidades, pueda efectivamente seguir a Cristo, iluminados y

guiados por su Palabra, por el Evangelio, tendiendo al deseo de “ver a Aquel que nos ha llamado a su Reino”, tendiendo al deseo de ver a Jesús, no solo en el Reino futuro, sino ya aquí y ahora; tendiendo a la pasión de estar en su presencia, de reconocerlo presente como luz y fundamento de nuestro camino, de todo lo que vivimos y hacemos.

De Jerusalén a Emaús

¿No es quizá esta la experiencia que tuvieron los discípulos de Emaús? Mientras caminaban con Jesús que les explicaba las Escrituras, en el fondo comenzaban a seguirlo “bajo la guía del Evangelio”. Y esto hacía crecer en su corazón una pasión misteriosa: “¿No ardía nuestro corazón mientras nos hablaba por el camino y nos explicaba las Escrituras?” (Lc 24,32).

Si estamos invitados por la Iglesia a reavivar en nosotros el agradecimiento, la pasión y la esperanza, está claro que tenemos que tener ante todo la humildad de dejarnos conducir por la Iglesia y por la Orden, por san Benito, por los padres y madres cistercienses, así como por la llamada del Papa Francisco y sus predecesores, a renovar la experiencia de los discípulos de Emaús. ¿Qué experiencia tuvieron los discípulos de Emaús? Que la pasión, la esperanza y el agradecimiento no son sentimientos que podamos alimentar por nosotros mismos, solos, ni tampoco solo entre nosotros, con nuestros compañeros de camino. Entre ellos dos, los dos discípulos, no hacían más que alimentar el desaliento, la desilusión, la tristeza, la desesperación.

¡Qué gran misericordia la que tiene Dios de venir a buscarnos precisamente en esta situación! No podemos negarlo: muchas comunidades y muchos monjes y monjas viven su vocación con estos sentimientos negativos, y, con frecuencia, entre ellos, entre nosotros, no hacemos más que alimentar estos sentimientos negativos. Por lo que, cuando la Iglesia nos invita a vivir nuestra vida consagrada con agradecimiento, pasión y esperanza, comprendemos que estamos necesitados de una conversión, de una renovación interior y entre nosotros. ¡Pero que no puede venir de nosotros! No basta con decirse: ¡Ya está, de hoy en adelante ya no estaré desanimado, desilusionado, triste y desesperado! ¡De hoy en adelante estaré lleno de agradecimiento, de pasión y de esperanza! El voluntarismo, en la vida cristiana, jamás funciona, no obtiene nunca los resultados que pretende. Precisamente necesitamos dejarnos alcanzar por Cristo resucitado, dejarnos corregir por Él (“¡Insensatos y tardos de corazón para creer todo lo que dijeron los profetas!”, Lc 24,25), y caminar con él, que nos habla, que nos anuncia el Evangelio. Necesitamos esta sorpresa, este acontecimiento sorprendente, imprevisto, y que nosotros no podemos fabricar.

Creo que tenemos que pensar en todo el cuadro comunitario, litúrgico, pastoral, formativo, que nos asegura normalmente nuestra vocación cisterciense, como una reproducción de aquel camino de 60 estadios, o 7 millas, u 11 kilómetros, que

separa Jerusalén de Emaús. La fidelidad a la Regla, a nuestro carisma, a la vocación de nuestra comunidad, nos coloca en aquel camino, en aquella fecha, en aquella hora en la que Jesús quiere alcanzarnos y caminar con nosotros. Después siempre nos encontraremos con la sorpresa de que Él nos alcanza, que Él nos habla, que Él, finalmente, se nos manifiesta, pero hay una fidelidad que nos dispone a esta experiencia, que nos abre a este don del Resucitado. Entonces, la pasión, la esperanza y el agradecimiento se nos dan, son una gracia.

También el Capítulo General, como cada momento de encuentro entre nosotros, debería ser vivido como un estar en el camino en el que creemos con fe que Cristo nos quiere alcanzar, acompañar, hablarnos, revelarse a nosotros, para llenarnos de una pasión, de una esperanza y agradecimiento que por nosotros mismos no conseguimos producir ni en nosotros ni en los demás. Es como estar en el Cenáculo, esperando Pentecostés, porque el Espíritu Santo es la pasión, el agradecimiento y la esperanza que Jesús quiere comunicarnos.

Una renovación siempre nueva

Así es como debemos pensar también en la renovación y en la reforma a la que el Concilio nos estimula desde hace 50 años. Quizá en los años después del Concilio, las reformas inmediatas que se han hecho nos han dado demasiado la impresión de haber llegado, de estar renovados. Es una ilusión el pensar que la Iglesia y las Órdenes, como cada una de nuestras vidas, puedan renovarse de una vez por todas. La verdadera renovación cristiana es el fruto de una continua conversión, de un continuo discernimiento para seguir a Jesucristo con la novedad que nos viene de Él. La verdadera renovación consiste en el volver siempre de nuevo, cada día, al “amor primero” que Jesús pide a la Iglesia de Éfeso en el Apocalipsis (2,4). La renovación no es nunca formal. Si se queda solo en las formas, envejece enseguida, porque no son las formas las que regeneran, las que dan la vida, sino la vida la que renueva las formas.

La renovación o la reforma de la que siempre tenemos necesidad están precisamente ilustradas por la experiencia que hicieron los dos discípulos de Emaús. La renovación o la reforma provienen del encuentro con Cristo, del estar con Él, del escucharle a Él. En el fondo, la verdadera y sustancial renovación de la Iglesia provienen siempre de la Eucaristía, vivida y celebrada no solo durante la Misa sino como dimensión verdadera y permanente de nuestra existencia, como centro que emana permanente en nuestras comunidades, con el que alimentamos la liturgia común, la comunión de vida, de fraternidad, de trabajo que nuestros monasterios deberían siempre cultivar. Así es como concibe san Benito el monasterio y la comunidad monástica.

Desde hace algún tiempo, me doy cuenta que la verdadera renovación, la verdadera reforma de la que tenemos necesidad es una *regeneración*, un ser engendrados siempre de nuevo por Dios Padre a través del Hijo y el Espíritu Santo. Los discípulos de Emaús han hecho esta experiencia de una regeneración a la vida apasionada, agradecida y llena de esperanza gracias al encuentro con Jesús.

Cuando hablamos de “carisma”, es en esta posibilidad de regeneración en lo que debemos pensar. El carisma, nuestro carisma, el carisma monástico, benedictino, cisterciense, es esa realidad misteriosa que otorga a una familia religiosa el poder generarse siempre de nuevo en su vocación, en su identidad, en su vitalidad. El carisma no renace cuando somos muchos, cuando somos jóvenes, cuando estamos activos, cuando somos admirados, sino cuando renovamos la experiencia de ser generados a la novedad del seguimiento de Cristo, de vida con Él y de misión con Él, que ha investido y animado a nuestros Fundadores y a todos los refundadores a lo largo de los siglos. Quien se deja generar por el carisma, se hace capaz a su vez de generar, de suscitar en los demás la vida y vocación que le ha hecho arder a él mismo el corazón. Entonces, la Orden va hacia delante, se transmite, a través de los siglos, penetra en las diferentes culturas, enriqueciéndose cada vez más de experiencias, de nuevos campos de misión. Entonces la Orden evangeliza, a través de sus obras de acogida, de sus obras educativas y pastorales, pero también por su ocultamiento en un monasterio de clausura

Después que el Resucitado se les manifestó al partir el pan, culmen de todo un proceso de manifestación que comienza cuando Jesús camina y habla con ellos sin ser reconocido, los dos discípulos de Emaús corren con energías totalmente renovadas por el encuentro con Jesús a anunciar su Resurrección, su presencia regeneradora en su vida y en el mundo. Aquí tenemos una hermosa imagen de la verdadera reforma de la Iglesia, de la Orden, de nuestras comunidades: una capacidad y una pasión por anunciar a Cristo que se alimenta en el encuentro con Él, en el don gratuito que Él nos hace de poderlo encontrar, escuchar, ver.

Llamados a manifestar más que a aparecer

Este anuncio es humilde, no teme mostrar las propias fragilidades, la poca fe. Si el Evangelio de Lucas nos cuenta que Jesús dijo a los dos que eran insensatos (literalmente: sin inteligencia, sin conocimiento) y tardos de corazón (es decir, tibios en el fervor, en el afecto, en la piedad), no ha sido ciertamente Jesús quien se lo contó a Lucas, sino los dos discípulos. Relataron humildemente el acontecimiento preocupados más de manifestar a Cristo que de sus propias cualidades, su inteligencia, su fervor. Habrían podido volver satisfechos y orgullosos de contarse entre los primeros testigos de la Resurrección, de haber sido elegidos para una de las apariciones más importantes y largas de Jesús después de su muerte en la Cruz. Sin embargo, son muy conscientes, y no lo esconden, que precisamente porque son más insensatos y tardos de corazón que los demás, Jesús misericordioso se les ha aparecido a ellos de improviso y por tanto tiempo.

Tendríamos que pensar así en nuestra vocación, en la gracia que tenemos de vivir una vocación que nos permite caminar con Cristo todo el día, que nos hace escuchar su Palabra en abundancia, que nos permite cada día verlo en la

Eucaristía. Esto no es porque somos mejores que los demás, sino porque somos más insensatos y tardos de corazón que los demás. Pero precisamente es de este modo como Cristo quiere hacernos instrumentos de su manifestación a la Iglesia y al mundo. Con la condición de que nos pongamos a caminar con Él, con la condición de que nos pongamos a escucharlo hasta que nuestro corazón arda en el deseo de estar con Él: "¡Quédate con nosotros, porque anochece y el día está de caída!" (Lc 24,29).

Cuando veo nuestras comunidades más frágiles, nuestras comunidades que parecen llegar a la puesta del sol, que experimentan el declive y quizá pronto desaparezcan, como el día desaparece con la noche; cuando las veo agitarse por encender luces artificiales, para prolongar el día artificialmente, me pregunto: ¿Y si en lugar de entristecerse tanto por su propia miseria y fragilidad, aprovechásemos esta situación para suplicar más intensamente a Jesús que se quede con nosotros? La novedad cristiana no es que no exista ya el límite humano, el agotamiento humano, que no haya tarde, puesta del sol, que no exista ya la noche. La novedad es que Jesús quiere quedarse con nosotros en nuestro límite, en la puesta del sol de nuestras fuerzas, incluso de nuestra vida. Porque Jesús es el Resucitado, es aquel que ha traspasado ya las tinieblas y la muerte y las ha vencido con la luz y la vida que están en Él, que Él es.

¡Qué hermoso, qué espectáculo, las comunidades o las personas individuales frágiles y humanamente moribundas que tienen encendida la lámpara del deseo del Esposo, que tienen encendida la lámpara que suplica al Esposo que venga dentro del límite de nuestra vida para quedarse con nosotros! ¡Tendrían necesidad de muchas cosas, tendrían necesidad de vivir, de estar bien, de tener más fuerzas, de rejuvenecer, sin embargo, lo que prevalece en ellas no es el deseo de estas cosas, con frecuencia imposibles, sino el deseo del Esposo, el deseo de la presencia del Señor! Entonces, esas comunidades, esas personas, aunque se terminen, aunque se apaguen, lo hacen manifestando a Cristo, manifestando al Resucitado a la Iglesia y al mundo. Y no hay fecundidad y vitalidad más grande que ésta. Es la fecundidad de los mártires: ¡morir sí, pero manifestando a Cristo!

Meditando en el evangelio de la sal de la tierra y de la luz del mundo, en la solemnidad de san Bernardo, este año he comprendido que nuestra vocación no es la de *aparecer*, sino la de *manifestar*. Cuando echamos la sal a la menestra insípida, ninguno dice "¡Qué sal tan buena!", sino "¡¿Qué menestra tan buena?!". La sal, sin aparecer, manifiesta el sabor de los alimentos. Y también la luz, permite ver el paisaje, pero ninguno normalmente dice "¡Qué hermosa luz!", sino "¡Qué hermoso paisaje!".

Como la sal, como la luz, no hemos sido llamados y enviados por Cristo para aparecer nosotros, sino para manifestar Su bondad y Su belleza, a manifestar el buen sabor y la hermosa luz de Cristo. Es así como debemos comprender la importancia de la humildad en nuestro carisma benedictino-cisterciense, y es así como podemos entender de qué modo san Bernardo ha vivido su presencia en el

mundo de su tiempo. No estaba preocupado por aparecer él, sino por manifestar a Cristo, la bondad y la belleza de Cristo, y esto lo protegía, en medio del mundo, de la multitud, como si permaneciese en el silencio y en la soledad del monasterio. Jesús debe crecer y nosotros disminuir, y si disminuimos, en fuerzas, capacidad, esta misión de manifestar a Cristo se hace en el fondo aún más posible, más fácil, si aceptamos desaparecer para manifestarle a Él, en lugar de lamentarnos continuamente de no poder ya aparecer nosotros.

El esplendor de la caridad

Pero existe un modo de manifestar a Cristo en las situaciones de fragilidad y precariedad que es muy importante, hoy más que nunca. Sería cínico limitarse a decir a las comunidades precarias o moribundas: “¡Qué hermoso, qué hermoso, cuanto más desaparecéis más manifestáis al Señor!”. Porque tampoco nosotros estaríamos muy contentos de desaparecer así. Lo que manifiesta de verdad a Cristo es, sin embargo, la comunión, la solidaridad, la compasión entre los miembros de su Iglesia, y, por lo tanto, entre los miembros de nuestra Orden, o de diferentes Órdenes.

Hay ejemplos extraordinarios de esta solidaridad, que veo un poco por todas partes. A veces es aún más impresionante y conmovedora porque es una solidaridad entre pobres, entre situaciones precarias. Es como ver a la viuda pobre del Evangelio que ofrece a Dios todo lo que tiene para vivir, no lo superfluo, como los ricos (Mc 12,41-44; Lc 21,1-4). Evidentemente no faltan signos de solidaridad por parte de quien está mejor, y también esto nos llena de agradecimiento. Dentro de las Congregaciones existe, normalmente, mucha ayuda recíproca. A veces no se ve esta solidaridad, porque la mano derecha no sabe lo que hace la izquierda, y está bien. Pero las comunidades verdaderamente generosas, hasta el sacrificio, manifiestan silenciosamente una gratuidad sobrenatural que hace más hermoso el mundo.

En una de nuestras abadías de Brasil veía cada día, en la primera Misa de la mañana, una señora anciana con un hijo adulto discapacitado mental y físicamente. Me conmueve siempre la belleza de amor que emana de estas dos personas, del amor de esta mamá y del sentirse amado de este hijo. Después, un buen día descubrí que esta señora no es en realidad la mamá natural de este chico: que cuando él nació, su madre verdadera lo rechazó porque era discapacitado, esta señora era enfermera de aquel hospital, y se lo llevó a su casa, aunque ya tenía 4 hijos, y desde hace más de treinta años lo cuida y lo ama sin descanso. Cuando conseguí hablarle, esta señora me dijo que es ella la que da gracias a Dios por el don de este hijo que llena de alegría su vida. Esto me ha llenado de emoción, pero también de contrición, porque yo, que soy religioso, monje, sacerdote, abad, no he hecho jamás una elección por amor a Cristo así de radical. Y cuando encuentro o veo las comunidades, a los monjes o monjas, incluso los jóvenes, veo que con frecuencia domina la búsqueda del propio interés, de la propia

comodidad. Hay más avidez de coger que de dar, de aprovecharse de las personas y de las situaciones que de sacrificarse uno mismo por algo más grande, por un amor más grande que nuestro corazón, que nuestras fuerzas, que nuestros bienes, que nuestro tiempo.

Precisamente por esto, Jesús también admiró a la viuda pobre y la mostró a sus discípulos, porque sus discípulos, sus apóstoles, eran más parecidos a nosotros que a la viuda pobre, o como esta señora que encontré en Brasil, o tantas otras personas que escondidamente se sacrifican en el amor y en el servicio, en la familia, en situaciones de “periferia” que no son noticia, pero también en la vida escondida de los monasterios.

En estos cinco años como abad general he podido ver tanta santidad en nuestros monasterios, fruto con frecuencia de una larga fidelidad, de una larga vida de conversión, de pequeños pasos de conversión, a través de tantas caídas y volviendo a empezar siempre de nuevo. ¡Y cuánto amor y sacrificio escondido he visto y veo en los superiores y en las superiores de las comunidades! Ninguno lo ve, ninguno piensa en el sacrificio de su constante preocupación y solicitud por sus hermanos y hermanas. Es como si fuese una cosa normal, como si se diese por descontado, que los pastores den constantemente la vida por las ovejas, sufriendo a menudo sus cambios de humor, las crisis, las agresividades, los caprichos. Y si algo va mal, es siempre culpa de ellos, que no son bastante buenos o bastante severos, que corrigen demasiado o que corrigen demasiado poco... Creo que de un modo u otro, todos tenéis experiencia de esto. Sin embargo, no son los pastores los que más se lamentan cuando visito las comunidades. Aún más, son precisamente ellos los que no se lamentan, los que asumen, los que soportan. Y esto está bien, porque esto es caridad, y la caridad edifica siempre. Pero al menos entre los pastores deberíamos ayudarnos a llevar el peso con alegría, con confianza en Dios, sin caer en un aislamiento que sofoca en nosotros la alegría de servir al Señor. Personalmente me arrepiento sobre todo de no estar más cerca de todos los superiores y superiores con suficiente tiempo y disponibilidad. Comprendo que debería poner en esto más prioridad que en otros aspectos de mi ministerio, y que por esto tendría que ser mejor ayudado y relevado de otros trabajos menos pastorales.

Sin embargo, veo gracias a Dios cómo crece la fraternidad entre los monasterios, independientemente de los confines de las Congregaciones o incluso de las Órdenes. Cuanto más se siente la necesidad de ser acompañados y ayudados, menos se cierra uno a las diferencias formales, jurídicas, de etiqueta. Pienso que el futuro de la vida consagrada, como por otra parte el de la sociedad civil, estará siempre señalado por la colaboración gratuita, espontánea, por proximidad espacial y cultural, pero también por afinidad de sentimientos en el concebir y vivir la vocación. Esto no empobrecerá la identidad de las distintas Órdenes, ni de nuestras diversas Congregaciones, si verdaderamente estas estructuras están al servicio de la vida de las comunidades y de sus miembros, y no solo de los recintos

de espacios de poder o, mejor, de posesión, que no se quieren compartir porque no se quiere perderlos. Pero cuando una estructura eclesial no sirve ya para la vida, no sirve tampoco para la comunión y la gratuidad sin cálculos, la estructura, antes o después, muere, como un fruto que se seca desde dentro hasta que también la cáscara se rompe y revela el vacío que había dentro.

"El tiempo es superior al espacio"

En este sentido, me parece fundamental, para nuestra meditación y para los intercambios de estos días de Capítulo General, la reflexión que el Papa Francisco hace en la exhortación apostólica *Evangelii gaudium* en cuanto a la superioridad del tiempo sobre el espacio. El Papa escribe:

“El tiempo es superior al espacio. Este principio permite trabajar a largo plazo, sin obsesionarse por resultados inmediatos. Ayuda a soportar con paciencia situaciones difíciles y adversas, o los cambios de planes que impone el dinamismo de la realidad. Es una invitación a asumir la tensión entre plenitud y límite, otorgando prioridad al tiempo. (...) Darle prioridad al espacio lleva a enloquecerse para tener todo resuelto en el presente, para intentar tomar posesión de todos los espacios de poder y autoafirmación. Es cristalizar los procesos y pretender detenerlos. Darle prioridad al tiempo es ocuparse de iniciar procesos más que de poseer espacios. El tiempo rige los espacios, los ilumina y los transforma en eslabones de una cadena en constante crecimiento, sin caminos de retorno. Se trata de privilegiar las acciones que generan dinamos nuevos en la sociedad e involucran a otras personas y grupos que las desarrollarán, hasta que fructifiquen en importantes acontecimientos históricos. Nada de ansiedad, pero sí convicciones claras y tenacidad (...).

El Señor mismo en su vida mortal dio a entender muchas veces a sus discípulos que había cosas que no podían comprender todavía y que era necesario esperar al Espíritu Santo (cf. Jn 16,12-13). La parábola del trigo y la cizaña (cf. Mt 13,24-30) muestra un aspecto importante de la evangelización, que consiste en descubrir cómo el enemigo puede ocupar el espacio del Reino y causar daño con la cizaña, pero es vencido por la bondad del trigo que se manifiesta con el tiempo.” (*Evangelii Gaudium*, 222-225)

Esta actitud que se preocupa de lanzar y acompañar procesos de vida, de crecimiento, de renovación, más que de conquistar espacios de poder, de control, de dominación, es fundamental también para la vida de una Orden. Esta es verdaderamente la esperanza con la que podemos mirar el futuro. Los espacios de poder, son tesoros que antes o después vamos a perder, que nos ponen en conflicto con otros conquistadores de espacios de poder. La preocupación por mantener el espacio, quizá “robado” a veces a quien es más débil, nos malogra interiormente, estropea las comunidades, las hace más una manada de lobos que un rebaño de ovejas y corderos guiados por el Señor.

Sin embargo, quien lanza y alimenta con fe un proceso de vida y comunión que crece en el tiempo, cuyo fruto depende de Dios más que de nosotros, vive con pasión, cierto, pero no con ansiedad y agitación. Se alegra de cada pequeño signo de crecimiento, de cada yema que se abre, de cada paso adelante del rebaño, incluso del más pequeño paso. El espacio infinito no existe. El tiempo, sin embargo, toca cada instante la eternidad y se vuelca enteramente en la eternidad, como un río en el mar.

Veo en cada viaje, en cada visita, en cada visita canónica, que la esperanza y la paz no provienen nunca de grandes acontecimientos, que son como espacios conquistados en batallas que dejan sobre el campo más muertos que vivos. Lo que da esperanza y paz son todos los pequeños signos de un proceso de vida, de conversión, de regeneración que avanza en el tiempo. Son como semillas de mostaza, que se ven caer a tierra y te dan la esperanza de ver con el tiempo crecer una planta, te ofrecen un encuentro con los progresos de Dios que obra en lo secreto de la tierra. "El Reino de Dios es como un hombre que echa el grano en la tierra; duerma o se levante, de noche o de día, el grano brota y crece, sin que él sepa cómo. La tierra da el fruto por sí misma; primero hierba, luego espiga, después trigo abundante en la espiga" (Mc 4,26-28).

Para alimentar con fe, esperanza y caridad los procesos de vida en el tiempo, no es necesario ser fuertes. También una comunidad pequeña y anciana puede discernir los pequeños signos de un progreso hacia la eternidad. Un hermano, una hermana de carácter difícil o angustiado que se pacifica con el paso de los años; o que vive con paciencia una enfermedad; la caridad fraterna en el cuidado o, sencillamente, en el hacer compañía a quien está solo; las sonrisas que la gente de fuera viene a buscar, y no quiere más que esto...

Cuanto más precarios y frágiles nos hacemos, más se hace fundamental cultivar una sensibilidad a los pequeños signos de la llegada del reino de Dios en medio de nosotros. Y con frecuencia es precisamente la fragilidad la que nos hace más sensibles para ver estos signos. Pero también es importante que quien no es frágil, o no lo es aún, se deje enseñar por quien lo es para descubrir los signos del Reino de Dios, porque si meditamos el Evangelio, vemos que los verdaderos signos del Reino son siempre pequeños, siempre pequeñas semillas, que piden la fe, y conllevan la esperanza. Quisiera que en la Orden se diese una mayor sensibilidad para la profecía que representan los pequeños signos de vitalidad de nuestro carisma en medio de nosotros. Incluso dentro de las comunidades más numerosas y fuertes, la vitalidad del carisma palpita a menudo en personas o gestos que son poco aparentes, pero que en realidad conllevan todo, transmiten vitalidad a todos. También los discípulos de Emaús, han reconocido la presencia del Resucitado en el sencillo y humilde gesto de partir el pan: "Cuando estaba a la mesa con ellos, tomó el pan, pronunció la bendición, lo partió y se lo dio. Entonces se les abrieron los ojos y le reconocieron. Pero Él desapareció de su vista" (Lc 24,30-31). Un sencillo gesto de oración y de compartir diario: este es el verdadero signo de la

presencia viva y constante del Resucitado; esta es la verdadera manifestación de Cristo en la Iglesia y para el mundo. Y si Jesús desaparece de la vista de los dos discípulos es para que sean ellos ahora el signo de su presencia, para que ellos mismos, con agradecimiento al Padre, se hagan pan que se deje partir para darse a los demás como signo de que Cristo está presente y vivo.

"Entonces, se les abrieron los ojos y lo reconocieron". Pienso que esto se da también entre nosotros, en la Orden y en nuestras comunidades, también entre comunidades diversas, entre culturas diferentes, entre observancias y estilos distintos, por lo que debemos pedir al Espíritu Santo la gracia eucarística de la apertura de nuestros corazones para reconocer que en todas partes hay signos que nos permiten reconocer a Cristo presente en medio de nosotros, signos que nos llenan de alegría y fervor, y que nos dan ganas de ir corriendo a anunciar a todos que Cristo ha resucitado verdaderamente y que lo hemos reconocido al partir el pan.

Reunidos para "conocer los misterios del reino de Dios"

Al final de la parábola del sembrador, los discípulos preguntan a Jesús sobre su significado. Y Jesús, antes de explicárselo, dice algo misterioso que pienso debemos escuchar también al comienzo de un Capítulo General: "Sus discípulos le preguntaban sobre el significado de la parábola. Él les dijo: «A vosotros se os dado el conocer los misterios del reino de Dios, pero a los demás solo en parábolas, de modo que viendo no vean y escuchando no comprendan»" (Lc 8,9-10).

Los misterios del Reino de Dios. No es menos que esto lo que hemos venido a conocer, a comprender, a ayudarnos a conocer durante estos días. Si estamos aquí solo para comprender los problemas del mundo, o los problemas terrenales de la Orden, o, mejor, para comprender de un modo mundano los problemas y las dificultades de la Orden, de las comunidades, perdemos nuestro tiempo, porque todo lo que haremos, discutamos y decidamos en estos días, con el tiempo se revelará estéril. Todo aquello que no nos hace conocer los misterios del reino de Dios es estéril, no dará ningún fruto, será solamente una gestión ganadora o perdedora de espacios de poder, no el nuevo comienzo de un proceso de vida y fecundidad en el tiempo para el reino de Dios.

Sin embargo, conocer los misterios del reino de Dios entre nosotros no quiere decir que tenemos que hacer un retiro espiritual o que el Capítulo no deba ocuparse de cuestiones concretas, de problemas reales, cotidianos, humanos. Porque el reino de Dios en Cristo está "en medio de nosotros" (cfr. Lc 17,21), es una semilla sembrada en nuestra tierra. Todas las parábolas sobre el reino de Dios son como parábolas de vida concreta, humana, real. El reino de Dios en Jesucristo es el reino de la encarnación del Verbo de Dios en el mundo, en nuestra vida. En cada capítulo de la Regla, San Benito nos da testimonio al mismo tiempo de un fuerte sentido de los misterios del reino de Dios y de una percepción aguda de que

estos misterios están dentro de nuestra vida, encarnados en la realidad cotidiana, humana, incluso como pobres pecadores. Todo en el monasterio es “*altaris vasa sacrata* – como los vasos sagrados del altar” (RB 31,10). Pero con la condición que se mire todo desde la fe, reconociendo en todo los “misterios del reino de Dios”. Y, en el fondo, el verdadero misterio del reino de Dios es precisamente que está escondido en nuestra vida, en nuestra cotidianidad, en nuestras comunidades, en las relaciones entre nosotros. Como lo ha explicado el mismo Jesús a los fariseos que le preguntaban: “¿Cuándo vendrá el reino de Dios”. Jesús les respondió: “El reino de Dios no viene de manera llamativa, y ninguno dirá: ‘Está aquí’, o: ‘Está allí’. ¡Porque el reino de Dios está en medio de vosotros!” (Lc 17,20-21). Tenemos siempre la tentación de esperar el reino de Dios como una realidad futura. Quizá también de decir que está aquí o allí, donde lo vemos nosotros, donde lo ponemos nosotros. Con frecuencia ponemos el reino de Dios allí donde nos va bien, allí donde justifica lo que pensamos, lo que decimos, lo que hacemos nosotros. Aún más: lo reducimos a “espacios de poder”, de nuestro poder. Jesús reafirma que el reino de Dios es un misterio que ya está aquí, que está en medio de nosotros, que se nos ha dado ya, y que debemos buscar y reconocer en medio de nosotros. En estos días también estaremos tentados de pensar o decir que el reino de Dios está aquí o allí, sobre todo de nuestra parte, allí donde nos va bien que esté. Sin embargo, está “en medio de nosotros”, habita en medio de nosotros, y lo podremos conocer solamente reconociéndolo en medio de nosotros, como Jesús está en medio de los dos discípulos de Emaús.

Pero para reconocerlo en medio de nosotros, incluso en medio de nuestras diferencias, incluso en medio de los temas sobre los que no estamos todavía de acuerdo, incluso en medio de eventuales conflictos entre nosotros, necesitamos fe, es decir, una gracia, un don del Espíritu Santo y, por lo tanto, necesidad de rezar, de pedir a Dios, para todos y cada uno, la gracia de reconocer los misterios del Reino que Jesús nos quiere dar a conocer.

Ante la Presencia divina

A propósito de la oración, y especialmente de la liturgia, que es uno de los temas importantes de este Capítulo y creo que de las relaciones de los Presidentes, quisiera tan solo señalar un aspecto que estaría contento si pudiéramos profundizar juntos sobre el mismo. San Benito, en el capítulo 19 de la Regla, dice: “Creemos que Dios está presente en todo lugar y que «los ojos del Señor están vigilando en todas partes a buenos y malos»; pero esto debemos creerlo especialmente sin la menor vacilación cuando estamos en el Oficio divino. (...) Meditemos, pues, con qué actitud debemos estar en la presencia de Dios” (RB 19,1-2.6).

Ahora que he dado la vuelta al mundo y he participado en la liturgia de casi todas vuestras comunidades, me planteo seriamente una pregunta. La pregunta que me y os planteo es esta: ¿nuestras liturgias, la oración común en nuestros

monasterios, es verdaderamente una ayuda para estar en presencia de Dios? ¿Expresa verdaderamente la búsqueda y la experiencia de una relación privilegiada con el Señor? ¿Responde a esta Divina Presencia que nos mira, que nos busca, que desea unirse a nosotros?

Entendámonos: la distracción, el cansancio, la rutina, nos tientan y nos tentarán siempre. Este no es el problema. Pero no debemos olvidar que la Iglesia y la tradición monástica nos dan el Oficio divino, en cualquier forma que sea celebrado, como ayuda y formación continua para una relación con Dios, una relación sponsal, porque la liturgia es siempre la oración de la Esposa que unida al Espíritu Santo invoca y acoge al Esposo que viene (cfr. Ap 22,17.20).

Mi impresión es que, a pesar de las buenas intenciones, la mayoría de nuestras comunidades no viven así la oración común. Y no hablo solo de las comunidades que por varias razones siguen el Oficio y celebran la Eucaristía sin una buena calidad. Me lo planteo también en comunidades que rezan formalmente bien. Tenemos que tener la humildad de ser sinceros sobre este aspecto, porque cuando se descuida la sustancia sponsal de comunión con Dios en la oración, la liturgia con el tiempo ya no atrae, ni a los monjes y monjas, ni a quienes vienen o debería venir a rezar con nosotros, e incluso a vivir con nosotros. Lo que es feo, árido, formal, con el tiempo solamente hace crecer la tristeza y, por lo tanto, la desilusión que después se transmite al resto de la vida del monasterio. Ya sabéis que no pocos se ausentan de los Oficios, dando tantas razones, pero últimamente creo que la razón fundamental es que no trabajamos unidos por la belleza en la relación con el Señor. Es como si en una familia se comiese siempre mal, se comiese siempre comida en lata. A la larga ni siquiera se sienten las ganas de comer juntos...

"Sois una gran familia"

¿Recordáis lo que me dijo el Papa Benedicto XVI cuando lo saludé durante el Capítulo General del 2010? Me y nos dijo: "¡Sois una gran familia!".

Al finalizar el Capítulo General de 201^o, retomé esta expresión y dije:

"Somos una gran familia.

La verdadera naturaleza de una familia no es el de ser un grupo de personas replegado sobre sí mismo, en defensa de sus propios intereses. La verdadera naturaleza de una familia es ser un eslabón de una cadena de generaciones, es decir, un grupo de personas que se dejan concebir para concebir a su vez. Y esta concepción pasa, a su vez, a través de una vida comunitaria, en la que los miembros se aman, se educan y se estimulan a la fecundidad. La familia es un lugar de vida, de trabajo en común para crecer en un amor siempre más verdadero y gratuito. Un lugar en el que se trabaja juntos, para crecer en el conocimiento de la verdad, en la experiencia de la bondad, en la contemplación de la belleza. Y todo esto implica un crecimiento en la unidad, en la comunión que se abre a la verdad, al amor, a la belleza de ser una corriente de vida que circula entre las personas y se transmite al mundo.

San Benito nos ofrece y pide vivir y crecer en esta experiencia, en la que Cristo responde a la sed de felicidad de nuestro corazón, a nivel personal, a nivel de comunidad, a nivel de la Orden.

Definirnos como “una gran familia” no quiere decir calcular nuestras dimensiones, sino ser conscientes que cuando somos pequeños y frágiles también el Señor nos llama a crecer, a crecer en la vida, a crecer en el amor, en la comunión, a crecer en el don de nuestra vida por el Reino de Dios, que es la unidad y la salvación de la inmensa familia humana. Y esto también a través de la muerte, porque en Cristo la ley de la vida es también el misterio pascual.”

(Discurso conclusivo al Capítulo General, 9 de septiembre de 2010)

Precisamente en estos días se desarrolla el Sínodo de los Obispos sobre la familia, y pienso que debería también estimularnos a nosotros a vivir con responsabilidad y gratitud la “familiaridad” en la Orden, en las comunidades, entre las comunidades, porque es de esta forma sobre todo la manera en que la vida consagrada puede ser un apoyo para todos los laicos que viven la vocación matrimonial y familiar. Y también nosotros tenemos mucho que aprender del testimonio de fidelidad, de amor, de sacrificio, de educación, de cuidados que nos ofrecen tantas familias, comenzando por las familias que nos han engendrado a nosotros mismos.

Pero lo que quisiera subrayar al comienzo de este Capítulo, y después de estos 5 años de experiencia y de conocimiento de la “gran familia” de nuestra Orden es, sobre todo, la necesidad de que la familiaridad, la fraternidad, se hagan más palpables y efectivas en la Orden, y también con las demás Órdenes nacidas del mismo carisma. Quisiera en este sentido proponer algunas preguntas que podrán quizá acompañar las reflexiones y los diálogos de estos días.

1. Una familia se conoce, se relaciona. ¿Tenemos de verdad entre nosotros la preocupación y el deseo de conocernos, de compartir los gozos y las penas, las esperanzas y las dificultades de nuestro camino?

2. Una familia cuida de sus miembros, sobre todo de los más frágiles, como los niños, los ancianos, los enfermos. ¿No existen en la Orden comunidades que parecen a esos padres o abuelos viejos y enfermos que se abandonan en las residencias, que nunca se va a visitar, o que tienen que seguir ocupándose de todo como se tuvieran aún las fuerzas para hacerlo? ¿O no existen comunidades aún jóvenes, inmaduras, que son como niños huérfanos dejados a sí mismos, sin que un adulto los siga, les acompañe, les ayude a crecer?

3. Una familia educa, forma para la vida. Existen importantes esfuerzos y ámbitos de formación que la Orden, o las comunidades de la Orden en particular, ofrecen a todos. Tenemos los Cursos de Formación Monástica, los Cursos para los Superiores que hemos empezado a ofrecer, está la Facultad de Heiligenkreuz, los Institutos de filosofía y teología en Vietnam, etc. Pero veo que aún muchas

comunidades, sobre todo de monjas, no tienen buenas posibilidades para la formación, a veces desde el noviciado. Y con frecuencia lo que más falta no es tanto o solo la formación intelectual, sino la formación para la vida monástica cenobítica, la formación que solamente se puede ofrecer en un buen ámbito comunitario, con padres y madres que acompañan a las personas en un camino de crecimiento humano, interior, en la comunión con Dios y con los hermanos o hermanas. A menudo falta quien sepa transmitir la formación a la *lectio divina*, a la oración personal y litúrgica, al compartir sobre la palabra de Dios, al diálogo comunitario, o quien forma a la lectura de los padres y madres cistercienses, al conocimiento de la Regla de san Benito. Queda aún un gran trabajo por hacer en cuanto a la formación de superiores y superioras capaces de formar, de enseñar a la comunidad, de transmitir el conocimiento del carisma cisterciense, en resumen, con palabras de san Benito, de esparcir “en las almas de los discípulos el fermento de la justicia divina” (RB 2,5), es decir, una sabiduría que estimule en los hermanos y hermanas la libertad que vive la vocación con responsabilidad.

Además, una buena familia permite a los hijos llegar a ser padres o madres, es decir, forma adultos fecundos, no eternos niños, eternos adolescentes, eternos solterones o solteronas que nunca llegarán a ser personas maduras en el don desinteresado de la vida. Por esto, la formación que está atenta solo a las formas, a la superficie, a lo que aparece, antes o después conduce a la ruina y a la división de la misma familia.

Quien pretende formar sin haber sido formado, quien pide obediencia sin haber jamás obedecido, no es un padre o una madre, sino un dictador y un mercenario que lleva a las ovejas a la ruina. ¿Es capaz nuestra Orden de impedir semejantes aberraciones dentro de su familia?

Y no hay que olvidar que formar y educar quiere decir también corregir. ¿Tenemos aún los instrumentos suficientes para poder corregir y reformar una comunidad que, por mil motivos, va a la deriva?

4. Una familia es solidaria. Hablaremos de la posibilidad de un fondo de solidaridad. Pero el problema no debe limitarse a la solidaridad económica. Sería necesaria una solidaridad también en las ayudas personales, en las ayudas formativas, en el apoyo fraterno. Una solidaridad en la amistad. También para que quien tiene necesidad de dinero no se limite a dirigirse a la Orden solo por este motivo, porque con frecuencia se necesita más de otras cosas, y quizá las ayudas económicas no ayuden a la larga en el verdadero crecimiento y maduración de la comunidad. Es mejor dar formación que dinero, porque sin formación también el dinero se devalúa. Además, hay que evitar que quien tiene medios económicos se convierta en un “bienhechor” que después domina de forma “colonial” los monasterios o los monjes de las naciones más pobres, creando un extraño comercio de personas y de ayudas que no hacen bien ni a una parte ni a otra; porque, si por una parte no nos responsabilizamos sobre la verdadera razón de la falta de vocaciones, por otra parte se pierde fácilmente la disponibilidad para

volver al propio país para ayudar al crecimiento de la propia comunidad, de la propia Iglesia y de la propia cultura.

5. Una familia tiene una misión común, o al menos sostiene la misión de cada uno de sus miembros. El Papa nos invita a todos a ser evangelizadores, cada uno desde la manera que le es propia. Ahora bien, con el tiempo las comunidades en nuestra Orden han asumido misiones y obras específicas. Estas obras no coinciden con el carisma, pero lo deben expresar. Un monasterio permanece cisterciense aunque por determinadas razones no pueda ya llevar adelante una determinada obra, por ejemplo, una escuela o una parroquia. Pero cuando las obras pueden ser llevadas adelante, sería bueno que nuestro carisma benedictino/cisterciense determinase de modo específico el ejercicio de esta misión, de esta obra. Así, la obra será evangelizadora, porque nuestro carisma es una forma de seguimiento de Cristo en la vida evangélica.

Mi pregunta en este ámbito es si verdaderamente en la Orden nos ayudamos en este sentido. A menudo parece como si las obras o misiones ad extra de cada monasterio no tuviesen mucho que ver con la vida de la Orden. Se sabe que tal monasterio tiene una escuela, que tiene parroquias, que ejerce una misión, pero es como si esto no concerniese de verdad a la Orden en su conjunto, o a las demás comunidades. Pero constato que en los monasterios que tienen una determinada obra, las dificultades y las preocupaciones son muy semejantes; o que lo que uno tiene o no tiene es complementario con respecto a lo que el otro tiene o no tiene. Sería, por lo tanto, muy oportuno y útil que nos ayudásemos más compartiendo experiencias, dificultades, ayudas, ofreciéndonos colaboración, incluso de un continente a otro. Que yo sepa, no ha habido nunca un encuentro de todos los monasterios que en la Orden tienen una obra educativa, que tienen escuelas. Y sin embargo son tantos. O entre monasterios que tienen parroquias. O monasterios que están unidos a santuarios. O monasterios que tienen una importante actividad de acogida de huéspedes, de peregrinos, también de turistas; porque habitualmente vivimos en monumentos de gran valor o tenemos un patrimonio artístico y cultural de gran interés.

Todas estas obras y misiones son muy importantes para cada monasterio, para cada una de las comunidades. Hay comunidades que ven consumir sus energías por una obra desproporcionada con respecto a las fuerzas de la comunidad. Otras, sin embargo, han encontrado una buena colaboración con otros institutos religiosos o con los laicos. Pero también esto tendría que formar parte de la misión evangelizadora que nos es propia.

¿Sobre todo esto, no podría ser la Orden un lugar de intercambio, de ayuda en el discernimiento, en la colaboración?

Y hay otro aspecto importante de esta colaboración. En algunos países sabemos que las obras, sobre todo las escuelas, están amenazadas por los afanes de los gobiernos hostiles a la Iglesia. Pienso que si existiese una colaboración más visible entre instituciones similares de los diversos países y continentes, esto podría constituir una buena protección. Si, por ejemplo, una escuela en un país regido por un régimen arbitrario fuese oficial y visiblemente hermanada con escuelas de

nuestros monasterios en Austria, Estados Unidos, Alemania, Hungría, Italia, etc., creo que esto sería un buen escudo contra las injerencias de los gobiernos. Pero sobre todo me estimularía que se dé una colaboración más estrecha y sustancial entre las obras y misiones en la Orden, y no solo, repito, a nivel de apoyo económico. Nos haría bien a todos que se diese algún intercambio de personal, aunque sea por breves períodos de tiempo, porque esto no solo permitiría ayudar a los demás en ciertos ámbitos, sino que ofrecería a quien ayuda la ocasión de tener valiosas experiencias. Compruebo por mí mismo que la permanencia en países más pobres, donde las condiciones de vida son más precarias, me es de gran ayuda en la vocación y en la conversión a la vida en Cristo.

6. En una familia siempre es necesario el perdón. Es el último punto que quiero subrayar y ofrecer para nuestras reflexiones y coloquios. Ningún grupo humano puede permanecer unido y hacer un camino sin regenerar la unidad y la concordia a través del perdón misericordioso de todo lo que divide o, sencillamente, malogra la comunión. Una familia está formada por personas muy diferentes entre ellas. Los hermanos y las hermanas no se eligen. Tampoco los padres eligen cómo serán sus hijos, su carácter, sus talentos y sus defectos. Todos deben aprender a convivir perdonándose las diferencias, las diversidades, las distancias y armonizándolas en una sinfonía que será siempre más bella que un canto o un sonido en solitario. Pero para esto se necesita un corazón que se dilate en la misericordia de Dios, que comience siempre perdonando, pidiendo a Dios la unidad entre nosotros orando como Jesús por nuestros “enemigos”. ¿Trabajamos de verdad por una continua reconciliación dentro de la Orden? A veces, después de una incomprensión, de un incidente, de una corrección, las relaciones se distancian, se evita el volver a verse, el volver a hablarse, el volver a empezar. Es nuestro orgullo el que retrasa o impide la reconciliación. Pero olvidamos que así perdemos un bien más grande que nuestro amor propio: la comunión, la fraternidad, la amistad. Renunciamos a lo que es divino, a lo que es Dios mismo, que es Amor, Trinidad, para encerrarnos y replegarnos sobre un tesoro vacío, seco, oxidado... Sobre todo esto tenemos que convertirnos, convertirnos al Evangelio. Y pienso que el Capítulo General debe servir sobre todo para esto, para reconciliarnos los unos con los otros, buscando una unidad más profunda y verdadera entre nosotros, para vivir y expresar mejor la comunión de Cristo en el mundo.

San Benito señala al abad del monasterio que la comunión en Cristo es más profunda que las diferencias sociales, culturales: "porque «tanto esclavos como libres, todos somos en Cristo una sola cosa» y bajo un mismo Señor todos cumplimos un mismo servicio" (RB 2,20). Les recuerda que forma parte de su “difícil y ardua” misión el “servir a diversos temperamentos – *multorum servire moribus*” (2,31), que se podría también traducir por diversas costumbres, distintos hábitos, diversas culturas.

Esto, más que para las comunidades en particular, vale para la Orden en su conjunto, llamada a vivir su armonía y unidad dentro de una variedad cada vez

más grande de culturas, lenguas, modos de vida. Pero este es también el desafío y la aventura en la que, tanto por la facilidad de las comunicaciones como por la tragedia de los éxodos de masas de muchos países, nos obliga y otorga el vivir cada vez más la mezcla de la diversidad humana. De este modo se hace más urgente y profético el signo de la unidad y armonía que nuestra “gran familia” cisterciense está llamada a ofrecer al mundo de hoy.

Necesitamos una regeneración de la vida consagrada

A este propósito, hace algunas semanas decía en el último Capítulo dirigido al Curso de Formación Monástica que:

“La verdadera y renovada reforma de la vida religiosa debe partir del asumir en primera línea lo que renueva el mundo. El mundo no necesita tanto de la renovación de la vida consagrada en cuanto tal, no necesita nuestra renovación autorreferencial, como diría el Papa Francisco, sino que necesita que la vida consagrada comience en sí misma la renovación del mundo en la caridad perfecta de Cristo, que es el amor a los enemigos hasta que sean hermanos [cfr. S. Agustín, *Comentario a la primera Carta de san Juan*, 1,9]. Y el amor a los enemigos comienza allí donde se comienza a rezar por ellos, porque no puede existir un amor que venga de nosotros, sino que comienza como una gracia de la caridad de Dios, que la oración pide y acoge. De otra forma, pensamos en la renovación de la vida consagrada como un cosmético, aunque sea espiritual. Sin embargo, solo tiene sentido si es para vivir en su sustancia la perfecta caridad de Cristo.” (www.ocist.org; Capítulos Abad General, 2015.09.24)

Añadía, como ya mencionaba al comienzo, que la vida consagrada necesita, más que de una renovación o de una reforma, de una *regeneración*. Una regeneración “al servicio de la regeneración de la vida de toda la Iglesia. Porque la regeneración no es posible más que si Otro nos engendra de nuevo, que se renazca de lo alto (cfr. Jn 3,3). Y este nacimiento, este parto, que siempre nos es posible renovar, es precisamente el amor a los enemigos (...)

Todos necesitamos ser regenerados, y por lo tanto, nuevas paternidades y maternidades de comunión. (...) Debemos concebir el reavivar nuestro carisma, justamente como una vuelta al carisma de san Benito y de nuestros padres y madres cistercienses como *paternidad*. El carisma es una paternidad que engendra en el Espíritu y en la caridad de Cristo. El carisma es una paternidad/maternidad que engendra en el Espíritu a la vida de comunión en Cristo.” (ibidem)

No hay misión evangelizadora más urgente para el mundo de hoy que la de vivir y comunicar a todos, y a través de todo, la comunión filial y fraterna de Cristo.